

# Historia

## Elogio y diatriba de la leche

José M.<sup>a</sup> Rodríguez Tejerina

Desde muy lejanas épocas la leche ha sido elogiada como alimento imprescindible en los infantes y eficaz remedio para combatir diversas dolencias, entre ellas, y preferentemente, la tisis.

La tuberculosis, hasta hace pocos años, era, «la reina de las enfermedades». Así la denomina el Ayurveda indio, libro que recomienda la ingesta de leche para curarla. Y es que el uso terapéutico de la leche en la tuberculosis aparece en las religiones más primitivas. La Mitología está llena de relatos muy demostrativos. Y, la Prehistoria, de Venus aparatosamente tetudas. En un bajorrelieve, Amenofis II mama del seno de la diosa Hattor la «leche de la vida eterna». En otro vemos a una joven griega dando de mamar a Cimón, su viejo padre. En una acuarela china observamos cómo una muchacha amamanta a un anciano.

En el Ayurveda, además de beber leche, se preconiza, en los casos de tuberculosis, permanecer en los establos para inhalar los efluvios que emanen de las vacas. O en lugares donde pasten burras, o cabras, o haya mujeres lactantes.

Tanto el duque de Alba, como el no menos célebre fray Bartolomé de las Casas, tomaron leche, directamente, de pechos de mujer, y se curaron de sus respectivas tuberculosis pulmonares. Menos suerte, en cambio, tuvo Hernán Cortés, a quien los médicos prescribieron que «mamara a una mujer de Castilla» y, como no la encontró, bebió leche de cabra, a guisa de sucedáneo, y murió al cabo de ocho meses. Ambrosio Paré era partidario de la lactan-

cia directa tísico-pechos de mujer sana, «a ser posible en el mismo lecho». Otros muy famosos médicos recomendaron, a su vez, la leche para sanar a los tísicos. Pero la leche de burra, de composición parecida a la de mujer.

Pascal falleció a pesar de mamar leche de mujer. No así Molière que mejoró, aparentemente, puesto que murió de una hemoptisis. Claro que fue en un escenario y por ir vestido con un traje de color amarillo.

La leche de burra le fue prescrita a madame Pompadour y a su hija Alejandrina, tuberculosas ambas. Mas, a la Pompadour, el tratamiento le daba diarrea y tuvo que abandonarlo. También tomó leche de burra Voltaire.

Mademoiselle Juliette de Lapinasse sólo conseguía calmar sus alterados nervios, yogando, fumando opio y oyendo música. Pero, para lograr un poco de sueño, recurría a una borriquilla que le hacía una visita todas las tardes y de la que bebía su leche.

Los médicos españoles del siglo XVIII recomendaban la leche de burra. Escribe Iriarte:

*¡Que con la leche de burra  
así la salud recobre!*

*¡Más les debo a los borricos  
que les debo a los doctores!*

Paulina Bonaparte, bellísima mujer, bisexual, tuberculosa, no sólo bebía leche de burra. Se bañaba también en ella. El hijo de Napoleón, el rey de Roma, tomaba leche de burra con agua de Seltz o de Marienbad, pero le descomponía el vientre; abandonó el tratamiento y falleció.

Otros grandes adictos a la leche de burra fueron madame Charles (la Elvira de Lamartine) y Elisa Rachel, la gran trágica. En pleno romanticismo existía la fórmula láctea Latour, compuesta a base de leche de burra, que tomó Paganini. Federico Chopin, en Valldemosa, bebió leche de cabra, por prescripción facultativa. Uno de los médicos que le visitaba en la Cartuja, Pedro José Arabí, le diagnosticó «tisis laríngea», y le recomendó sangrías, dieta y leche. Las sangrías horrorizaron a su

amante, la Sand. Federico tampoco se encontraba con fuerzas suficientes para poder resistirlas. «Una sangría hubiese sido mortal», escribirá Aurora Dupin de vuelta a París. Mas, el físico mallorquín insistía: «Hay que sangrar, hay que sangrar». Debía ser nuestro colega un lejano discípulo de aquel doctor Sangredo de Valladolid, maestro de Gil Blas de Santillana, que todo lo curaba con sangrías y agua caliente.

George Sand que, sin duda, había leído el *Gil Blas*, se opuso, al fin, a las sangrías. La dieta ordenada por el galeno palmesano también le sentaba mal a Chopin. Únicamente se cumplió, de las tres ordenanzas, el régimen lácteo. Pero las vacas, como ahora, andaban por entonces escasas en Mallorca. Tuvieron que contentarse con comprar, primero una cabra africana, pequeña y triste, que estaba en su primera maternidad. Y, luego, una oveja. La leche de estos animalejos, que no era mucha, la mezclaban con jugo de almendras machacadas y obtenían una bebida que, al menos, complacía al enfermo.

María Duplessis, la dama de las camelias, tomaba leche de burra «endulzada con jarabe de tolú». Costaba cada taza un franco. La cortesana llegó a deber doscientos cincuenta y un francos. Estaba alojada en una habitación amueblada deliciosamente, situada encima de un establo, en los alrededores de París. Para que la bella tísica respirara los olores que subían del pesebre. Durante el positivismo, entre 1848 y 1914, la leche de mujer se utiliza menos, aunque algunos doctores sigan recomendándola. La de burra, en cambio, se utiliza mucho, a propuesta de médicos y profanos. En Valladolid, en 1874, en la casa en que murió Cristóbal Colón, se despachaba «leche de vacas y de burras».

En las cuentas de administración de los hospitales españoles se comprueba el gasto enorme por leche de burra. Leopoldo Cortejoso en Valladolid y Álvarez Sierra en Madrid lo han verificado cumplidamente. También los hospitales de Buenos Aires gastaban mucho en leche.

Siguió preconizándose la leche de burra

aun después de descubierto el bacilo de Koch.

La Literatura contemporánea refleja esta creencia en las bondades de la leche, de mujer, de vaca, de burra, de cabra, frente a la tuberculosis.

Juan Ramón Jiménez escribe en *Platero y yo*:

«Y ahí está la burra, rascando su miseria en los hierros de la ventana, farmacia miserable, para todo otro invierno, de viejos fumadores, tísicos y borrachos».

Camilo José Cela refiere en su novela *Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes* cómo a cambio de una gorra visera que le regala un tísico, Lazarillo deja se cuelgue el enfermo de la teta de una cabra, hasta hartarse de mamar.

Miguel Hernández, «poeta del pueblo», murió tuberculoso, pese a haber pastoreado cabras en su adolescencia, por tierras de Orihuela.

Decía Winston Churchill que la mejor inversión de una sociedad es dar abundante y gratuita leche de vaca a sus niños. Aseveración que se pone en duda actualmente. Benjamín Spock, célebre médico autor del divulgado libro *Baby and Child Care*, insiste en que los infantes de menos de doce meses no deben beber leche de vaca. A su vez, el doctor Frank Oski, director de Pediatría de la Universidad Johns Hopkins, y el presidente del Comité de Doctores para una Medicina Responsable, Neal Barnard, insisten en que la leche de vaca, antes del año, puede ser muy peligrosa. Tesis que sustenta también la Academia Americana de Pediatría.

No sólo la leche sería perjudicial para los bebés. Los norteamericanos consumen ingentes cantidades de productos lácteos. Y son las personas que más enfermedades degenerativas padecen en el mundo. Las pretendidas virtudes de la leche de vaca son mera propaganda comercial. El matrimonio Harvey y Marilyn Diamond, en su conocido texto *La anti-dieta. Fit for Life*, abundan en los mismos argumentos que los médicos antes citados para repudiar el consumo de la leche de vaca. La composición química de la leche de vaca es harto

distinta a la de mujer. Los enzimas necesarios para digerirla, la renina, la lactasa, desaparecen en cuanto el niño cumple los tres años. La leche de vaca en el interior del estómago humano adulto, coagula en grandes copos de caseína, difíciles de disolver y bastante ácidos. Una vez en el intestino impiden la absorción de otros alimentos. Un cirujano, el doctor Williams A. Ellis arremete, asimismo, despiadadamente, contra toda suerte de productos lácteos. Los hace responsables de afecciones cardíacas, artritis, alergias, migrañas. Y, añade otra inquietante circunstancia: «los productos lácteos son un importante factor en la obesidad».

La falta de calcio que puede acarrear el prescindir de la dieta láctínea, que hace perder el cabello y debilita las uñas, podría subsanarse comiendo asiduamente

nueces crudas, semilla que, amén de proporcionarnos calcio, es, según Ramón J. Sender, de efectos afrodisíacos.

Hoy en día son muy otros, y poderosamente gratificantes, los remedios con que contamos para combatir la tisis. Quede para la pintoresca crónica del ayer el recuerdo de la leche como panacea de la tuberculosis. Es impensable, por otra parte, que tengamos que recurrir, todavía, como fármacos, a las distintas leches: de burra, cabra u otros animales.

La leche de vaca, como acabamos de reseñar, es, al parecer, un alimento nocivo en la infancia y en la edad adulta. Queda, pues, como única leche beneficiosa, la de mujer. Para los recién nacidos. Pues para los adultos es una terapéutica, con tintes eróticos, que ya pasó, también, a la Historia.